

CARTAS DEL DR. FINLAY AL DR. DELGADO

Habana, enero 2 de 1901.

Querido amigo Delgado:

Reciba usted mis cordiales felicitaciones de año y siglo nuevo, en unión de Lola y de Abelardo y se las mando en letra de molde porque he de hablarle de asuntos científicos de mucho interés y quiero que usted pueda leerme. Ya habrá tenido noticias del triunfo de nuestro mosquito, celebrado con un suntuoso banquete el 22 de diciembre y al cual concurrieron más de sesenta médicos a más del general Wóod.

Para su edificación le incluyo la epopeya del «Conde Kostia», en «La Lucha» y «Report», más comedido, de Héctor Saavedra en «La Discusión».

Siento que aquél no haya economizado algún espacio del que dedica a mis indebidas celebraciones para decir cuatro palabras más de mi pobre discurso de gracias. En son de alegoría, dije: «Ahora, veinte años, guiado por indicios que estimaba seguros, salí a explorar un campó yermo y desconocido: encontré una piedra de aspecto tosco y grosero, la recogí y con el auxilio de mi eficaz y constante colaborador, doctor Claudio Delgado, la raspamos y la examinamos cuidadosamente, resultando para nosotros el convencimiento de que aquello era un diamante bruto. Más nadie quiso creernos hasta que al cabo de años vino una comisión de hombres inteligentes, adiestrados en tales faenas, mejor dotados y pertrechados que yo y en corto tiempo extrajeron del tosco cascarón la piedra cuyo brillo hoy a nadie puede ocultarse, etcétera, etcétera.» Esto dijeron o intentaron decir mis labios, pero no se cuántos oídos me oyeron: lo oyó, sin embargo, Pedro Albarrán, quien seguidamente me pasó un papelito encargándome un recado de amistad para usted cuando le escribiera.

Mas esas festividades propias de la estación tienen un interés muy secundario, lo que más importa es enterar a usted de la eficacia con que los comisionados americanos lograron demostrar la certeza de la teoría del mosquito.

Creo que la precipitación con que, al principio, esta Comisión se determinó a investigar mi teoría del mosquito proviene del temor que se les anticipase otra Comisión inglesa de Liverpool, cuyos miembros en su informe preliminar al llegar a su destinación en la América del Sur, expresaron su aprobación de los fundamentos en que yo había basado mi teoría. Los siete primeros ensayos de los comisionados americanos con mosquitos contaminados en casos muy leves de fiebre amarilla resultaron negativos; luego uno de los comisionados no teniendo inmunidad, quiso hacer una prueba decisiva en su propia persona y se aplicó un solo mosquito pero contaminado en cuatro casos de fiebre amarilla (dos graves y dos leves) de manera que transcurrieron doce días entre la primera contaminación del mosquito (en el primer caso grave) y su propia inoculación. Cinco días después cayó atacado de fiebre amarilla bastante intensa, con albúmina, ictero, temperaturas altas y ciclo febril correcto. Otro americano se ofreció para una prueba igual, le picaron cuatro mosquitos, diversamente contaminados en casos leves, graves y uno mortal. Cayó enfermo al cabo de cinco o seis días, de forma abortiva en cuanto a su curva térmica, pero con albúmina precoz y prolongada, ictero, las encías sangraron, etc. En fin, el que fungía como jefe de la Comisión, hallándose un día en la sala de fiebre amarilla del hospital Las Animas, notó que le estaba picando un mosquito y lejos de espantarlo dejó que se saciase en su picada: cinco días después fue atacado el experimentador, doctor Lazear, con una fiebre amarilla que resultó emogástrica y le causó la muerte al séptimo día. Para la Comisión la prueba pareció decisiva, fueron a Washington y contaron sus experiencias al doctor Sternberg, quien quedó medio convencido, pero les exigió que volvieran seguidamente a La Habana y aclarasen el asunto hasta ponerle fuera de toda duda, para lo cual les proporcionaría todo lo necesario.

Esta vez los comisionados, de regreso en La Habana, se construyeron un campamento de aislamiento (por cierto que, en los terrenos de la misma finca donde inoculé en 1883 al padre Urra bien situado y con las debidas garantías cerca de Los Quemados. Allí llevaron algunos inmigrantes recién venidos y que no habían salido de Tiscornia, habiendo ofrecido a los que aceptaran sus condiciones no se si \$100 ó \$200; les hacían firmar un contrato por el cual consentían a someterse a las pruebas que la Comisión les había explicado, cualesquiera que fuesen las consecuencias.

También entraron algunos soldados americanos cuyos antecedentes eran bien conocidos de sus jefes. Mantuvieron a esos hombres aislados el tiempo necesario para excluir toda probabilidad de una previa infección. Tomadas

estas acertadas precauciones inocularon en distintos días o semanas a cinco individuos, con mosquitos contaminados desde 10 a 12 días y cada uno fue cayendo, al cabo de tres y medio a cuatro y medio días con un ataque bien caracterizado de fiebre amarilla. En uno de ellos picado, si mal no recuerdo, por cinco mosquitos, el ataque fue bastante fuerte pero no hubo ningún síntoma verdaderamente alarmante. Todos tuvieron albúmina e ictero más o menos pronunciado, las encías congestionadas, el ciclo térmico correcto y la de ferverescencia espontánea en su debido tiempo.

El secreto del éxito más decisivo y la incubación más corta que los comisionados obtienen estriba, según parece, en la prolongación del intervalo entre la primera contaminación del mosquito y la inoculación experimental, cuyo evento yo había señalado como probable en vista de los hechos consignados a bordo del «Anne Marie», en Saint Nazaire, en la epidemia de 1861.

Otro ingenioso experimento fue el que idearon los comisionados de la manera siguiente: construyeron una casita dividida en dos compartimentos por un tabique de tela metálica como la que usan en los Estados Unidos para preservarse de mosquitos. En una introdujeron algunos mosquitos contaminados, mientras que el otro se mantuvo libre de mosquitos. En el compartimento de los mosquitos hicieron entrar a ciertas horas del día o de la noche al sujeto a quien se quería infectar, y a las mismas horas entraban y permanecían varios sujetos no inmunes.

Al cuarto o quinto día el de los mosquitos cayó con fiebre amarilla benigna pero bien caracterizada, con un poco de albúmina, del tercero al quinto día, y de ferverescencia espontánea en su debido tiempo. Los testigos del otro compartimeto no han tenido ninguna novedad.

Ya ve usted, querido amigo, que «tanto va el cántaro al agua... que acaba por llenarse» y que no hay plazo que no se cumpla si... *Dieu nos prcte vie*».

El mosquito intervenido parece llamado a sonar con su trompetilla mi himno de gloria; la música no será primorosa pero al fin no hay que ser demasiado exigente y confieso que yo iba perdiendo las esperanzas de que alcanzara vida para presenciar el triunfo de una idea que para mí y también para usted no era teoría sino una verdad inconcusa.

Acabo de recibir una carta de Sanarelli: él parece un poco inquieto respecto del porvenir de su bacilo, dado el cariz que iba tomando la cuestión del mosquito. Me dice que considera muy ingeniosa y genial mi teoría (por haber sido enunciada mucho antes de su aplicación a la malaria) pero que no puede admitir que el bacilo amarilígeno pueda de ordinario, transmitirse

por medio de picadas de mosquitos, pero que no puede negarse que, en determinados casos eso pudiera suceder. Me pide mis folleto sobre el asunto, pero más particularmente el último que publiqué sobre la infección hemogástrica secundaria de la fiebre amarilla y tiene razón, porque en él ofrezco una tabla de salvación a su bacilo como causante probable de dicha infección.

Tiempo es ya que termine este largo monólogo y que le pida noticias de sus propias experiencias en su nueva esfera de acción. Ya se que la empresa prospera y ofrece un gran porvenir por noticias que me dio su señora y que esté próximo el día en que usted pueda retirarse de los negocios y disfrutar de una vida holgada y tranquila después de tantos años de trabajos y tribulaciones. Déle memorias a Lola y besitos a Abelardo de parte mía y de mi familia y recuerdos a Prendes y demás amigos de allá.

Su afimo. amigo de siempre,

CARLOS FINLAY.

Habana, marzo 20 de 1902.

Sr. D. Claudio Delgado.

Mi muy querido amigo:

No trataré de disculparme de mi imperdonable negligencia en no contestar sus cartas tan cariñosas y por demás lisonjeras, pues ni el efecto soporífero de los laureles ni el zumbido familiar de nuestros antiguos colaboradores alados, ni siquiera la falta de memoria pueden servirme para el caso; únicamente la seguridad de que ni el silencio ni la pereza podrán nunca aflojar los lazos de nuestra amistad ha sido lo que me ha alentado a postergar de día en día, el cumplimiento de un deber de suyo tan agradable.

Empezaré por darle cuenta de su encargo. Entregué al amigo Casuso tres ejemplares de su carta abierta y nota clínica, y convenimos que presentaría en la sesión inmediata de la Academia y que allí sometería las conclusiones que él había de antemano redactado. Así lo hizo en la sesión del domingo y hoy le remitirá Santos Fernández copia de los acuerdos de la corporación, que se los envía Casuso por correo. El me ha ofrecido, además, agregar la adhesión de Eusebio Hernández y de Bustamante que figuran como parteros distinguidos en la Isla. Yo le he traducido al inglés la Carta Abierta y la Nota Clínica, pero caso de mandarlas creo que habría de llevar su firma personal, mas no creo que usted obtenga lo que desea de los americanos ni de los ingleses, porque todos me aseguran que esa forma de solicitud

cuadra mal con sus costumbres un poco hurañas. Simpatizo con usted y con el amigo Prendes de todo corazón en su propósito de dar una buena lección al charlatanismo de su incorrecto detractor. En todo lo que ha hecho ha procedido de acuerdo con nuestros buenos amigos Casuso y Santos Fernández, quienes me encargan recuerdos afectuosos para usted.

No han sido los meses de mi silencio dedicados al *dolce famiente*, pues he tenido harto que hacer para que desapareciera nuestro culex mosquito con todas las gracias que en él habíamos descubierto con el pseudónimo de «farcistus y de stegommia» o enterrado debajo de tanta tierra como pretenden echarle los confirmadores de nuestra labor.

La dificultad consistía en defenderme sin desvirtuar la sanción definitiva que los confirmadores americanos han dado a mi teoría y en poner en evidencia que lo único nuevo que esos señores han demostrado es el término de días que necesita el mosquito para infectarse y producir la transmisión indirecta, lo cual creo haber logrado en mi folleto sobre las «Dos maneras distintas de transmitir la fiebre amarilla por mosquitos contaminados», que le remito por correo juntamente con otros en inglés y un número de la *Revista Médico-Farmacéutica* en la que se viene publicando mi primera memoria sobre el mosquito, en español y en inglés. Cuando salgan los otros números, se los mandaré igualmente.

Otro cargo que me han dado es el de presidente de la Comisión de Higiene Especial, la cual va a quedar independiente del Ayuntamiento, figurando únicamente el secretario de Estado y Gobernación como autoridad supervisora; hoy nos hace el alcalde entrega de la sección. ¡Ojalá estuviera usted aquí para *formar parte de ella y aconsejarme con su grande experiencia en la materia!* El cargo no es retribuido y únicamente como compensación ocho pesos por cada junta semanal a la cual asistan.

Adela y mis hijos siguen sin novedad. Carlos muy ocupado e interesado en la escuela de enfermeras que se ha establecido aquí. Todos me encargan de cariñosos recuerdos para usted y también para Lola y para Abelardo, ¿qué tal, le gusta la vida europea?

Y usted cuente siempre con el inalterable afecto de su amigo,
CARLOS FINLAY.
Campanario 160.